

dra. Quando vimos burlada nuestra esperanza de hallar el deseado refrigerio á la hambre que padecíamos, y el descanso tan necesario á nuestros fatigados miembros, nos mirámos uno á otro sin hablar palabra; pero Matilde sacudió presto de sí aquella especie de estupidez, diciendo: una luz encendida en este sitio, y delante de aquella Santa Imagen, es señal de que no está lejos alguno que la enciende, y sin mas ver tengo por cierto que será por lo menos un bonísimo Christiano. Recorramos atentamente este parage, y Dios nos descubrirá el devoto varon que rinde á la Santa Imágen este culto. Però ante todas cosas arrodillemonos devotamente ante la misma, é imploremos su proteccion. Asi lo hicimos, mas si la oracion de Matilde no fué la que penetró los cielos, la mia ciertamente no llegó tan allá, porque la consternacion en que me hallaba no permitia que el corazon atendiese á lo que pronunciaba la lengua. Luego que mi heroina cumplió con su devocion, se puso en pie, y volviéndose hácia mi mano izquierda, descubrió á poca distancia en la tierra un boqueron, que servia de ventana, tronera, ó respiradero á una profunda caverna, en cuyo fondo se veía encendido un fuego mas que mediano. Esto me alegró en extremo, y recobrado algun tanto mi espíritu: hé aquí (exclamé) que gracias á la divina Providencia, ya estamos esta noche á cubierto, y en seguro.

## CAPITULO VII.

*Recoge el Anacoreta del Canadá al Soldado, y á Matilde. Descripcion de su retiro, y como se les dió á conocer por Gil Blas de Santillana.*

Oyó estas palabras el que habitaba la caverna, y tomádo en la mano un tizón encendido, como si fuese una vela, se vino á nosotros, diciendo: ¿quiénes son estos huespedes que la providencia ha traído á honrar un sitio tan separado de todo el resto del mundo? Somos, respondió Matilde, dos infelices dichosamente escapados de los bárbaros Canadienses, á quienes sirvió de guía vuestro farol, para turbar vuestra quietud por esta noche. El buen hermitaño, que por su larga y blanquísima barba, por su cuerpo encorbado y sostenido de un báculo, por su voz trémula y baxa mostraba pasar ya de cien años, mirándonos atentamente con sus ojos medio anublados: seáis muy bien venidos, hijos míos, nos dixo con grandísimo cariño, y con no menor urbanidad. Entrad á serviros de mi casa y de mis bienes; reposad en ella que tendreis necesidad, miéntras yo voy á disponer la cena, que espero no os desagradará, porque pienso que el hambre y el cansancio os habrán fatigado bien por iguales partes. Asi es,



repliqué yo , alegrándome mas que todo el nombre de cena. Sentámonos inmediatamente en unos bancos rústicamente trabajados , y observámos, que estaba hirviendo una olla arrimada al fuego, en la qual el viejo Anacoreta echó á cocer una gran cantidad de legumbres. Mi apetito , ya demasíadamente excitado por el hambre, se encendió mucho mas á vista de la tal olla , tanto que pareciéndome demasiado prolijas las disposiciones del hermitaño , estaba rabiando porque llegáse la hora de cenar. Llegó finalmente , y nos sentámos á una mesa cubierta con sus manteles blancos , y aseados , servilletas de la misma calidad , platos de Talavera finos , y cubiertos muy decentes , tanto que me pareció estar en una fonda de Barcelona. Devorámos todas las legumbres; despues de las quales el generoso hermitaño nos sirvió carne salada de Europa , fruta confitada, con otros varios géneros de dulces , que nos parecieron muy exquisitos , y se terminó el banquete con un vasito de vino Español de bonísima calidad , diciéndonos el Anacoreta , que aquello era para corregir las crudezas de la mucha agua que habíamos bebido. Padre , le dixé entonces, yo verdaderamente estoy pasmado de ver las delicadas y exquisitas prevenciones que teneis reservadas en este desierto rincón del nuevo mundo. Hijo , me respondió , quando sepas quien soy , y el modo con que me mantengo aquí , dexarás de admirarte de lo que has visto hasta ahora , y de lo mucho que despues verás. No es tiempo éste de

que yo os detenga en inútiles conversaciones, porque ambos teneis mucha necesidad de dormir. Venid conmigo : y tomando una luz , nos fue conduciendo hácia un ángulo de la caverna , y abriendo una portezuela , nos hizo entrar en una estancia adornada de manera , que á la simplicidad y pulidéz de los muebles , añadía mucha gracia el buen gusto de su disposicion. Lo que mas me sorprendió fue ver una muy limpia y decente cama á la moda de España , con tres ó quatro mullidísimos colchones , sábanas mas blancas que la nieve , y una sobrecama de finísimo algodón, pintada á la chinesca , que al verla Matilde ; Padre mio , dixo , no es razon que vos os priveis de vuestra cama para dárnosla á nosotros ; ni lo debemos permitir de modo alguno , porque ha mucho tiempo que estamos acostumbrados á dormir sobre la yerva ; ó quando mas (y eso por gran regalo) sobre las secas hojas de los árboles: y hecha ya nuestra naturaleza á este género de cama , la alteraria mucho el desórden y exceso de dormir en un lecho tan delicado. No (respondió prontamente el buen viejo) este es el quarto destinado para los huéspedes ; el mio es otro , que mañana vereis ; y diciendo esto , nos dexó la luz, cerró la puerta , y se retiró á su habitacion. Luego que nos vimos solos , se volvió á mí Matilde, y me habló de esta manera : Amigo mio , ya sabes que soy muger y doncella : te he dicho que nací noble , y no te he ocultado que estoy resuelta á conservar mi honor aun á costa de mi



vida. Si eres honrado y discreto, como lo pareces, no abusarás de la ocasion que te ofrece nuestra situacion, para admitir pensamientos que sean contrarios á la distincion con que nació, y al temor de Dios en que me educaron. Vé pues, y acuéstate en la blanda cama que te ofrece la generosidad de tan extraordinario hermitaño, que yo dormiré en una de estas sillas. Me pareció que era obligacion instarla, y aun importunarla á que ella se sirviese del lecho, jurándola, que me portaria con todo aquel decoro, respeto y circunspeccion que se merecia su persona; mas al fin me fue forzoso darla gusto y obedecerla. Dormimos profundamente toda la noche, y no despertamos hasta que el sol estaba ya muy alto en el Oriente. Abrimos las ventanas del quarto, y vimos que caían á un jardinillo, el mas bello y mas bien dispuesto de quantos habíamos visto en toda la América: estaba ya en él nuestro solitario divirtiéndose en coger unas flores, que nada envidiaban á los mas finos y mas fragrantés jazmines de España. Luego que él nos vió, nos saludó con indecible urbanidad, y viniendo él mismo á abrir la puerta de nuestra estancia, nos convidó á que entrásemos en el jardín, donde encontramos una copiosa fuente, ó manantial, que á borbotones brotaba de un peñasco, y desprendia de sí una agua fresca y cristalina, con la qual labamos manos y cara. No nos hartábamos de alabar un sitio tan delicioso, que nunca creíamos se pudiese hallar en un parage selvático é inculto, y

era

era el mas contrario al horror que naturalmente infunde la soledad.

Salimos del jardín, y el buen Anacoreta nos conduxo á su quarto, que estaba inmediato al nuestro, pero mas sencillamente, aunque con no menor aseo alhajado que el primero. Una pobre camita, una banquetá, dos sillas, una mesita ordinaria, y algunos libros cerrados en dos ó tres alacenas, que se dexaban ver por las zelosías que los resguardaban, eran todo el ajuar de aquella estrecha celdilla. Enfrente de la portezuela por donde entramos, se descubria otra que nos introdujo en un oratorio adornado con grandísima decencia. Arrodillámonos á rezar nuestras acostumbradas oraciones de la mañana, y entendimos era el mismo en que el hermitaño se retiraba á cumplir con sus devociones quatro veces al dia. Salimos de aquel piadoso lugar, y restituyéndonos á la caverna, subimos al boqueron por donde se baxaba á ella. Ya habeis visto, hijos míos (nos dixo el hermitaño) que lo mejor de mi habitacion está escondido á los pasajeros que transitáren por aquí, y estoy bien seguro, que ninguno creerá al ver esta horrorosa entrada, que pudiese conducir á una habitacion igualmente cómoda, que apacible y deliciosa. Desfiéndela por el Septentrion aquel empinado monte, y un precipicio que cae á un lago de mas que mediana amplitud, que se dilata entre el Poniente y Mediodia, impide que ninguno pueda acercarse á ella por aquella parte. Cómo, ó de qué mane-

12

ra



68 *Las Aventuras de Gil Blas.*

ra tuvé la fortuna de encontrar este sitio , y por qué motivo le escogí para mi perpetua habitacion , mientras Dios fuere servido de conservarme la vida , lo sabreis , hijos míos , si me hiciéreis el favor de sentaros aqui conmigo , y tuviéreis paciencia para oír los extraordinarios sucesos que me han pasado. Deseosos mas que nunca de saber la historia de aquel hombre , que nos parecia muy particular , nos sentamos en unas piedras que estaban á la boca de la gruta , como si la naturaleza aposta las hubiese puesto allí para este efecto ; y el Anacoreta , despues de habernos suplicado , que le oyésemos con silencio , comenzó á hablar asi.

Yo soy Gil Blas de Santillana. Al oír este nombre , no me pude contener sin cortarle la relacion , y decirle con grandísima algazara : ¿ luego usted , Señor Hermitaño , es aquel famoso Gil Blas de Santillana , cuya historia anda en las manos de todos , no digo ya en España , sino en toda Europa , traducida en las principales lenguas de ella , y cuya letura ha sido toda mi diversion en la prolija navegacion de Cádiz á Veracruz ? ¡ O varon incomparable ! ¿ Y será posible que yo mismo me he de certificar ahora , de que fueron verdaderos , reales y efectivos tantos y tan estraños sucesos , como usted refiere de sí , los quales tuve la temeridad , como tantísimos otros , de tenerlos por graciosas invenciones de una imaginacion viva é ingeniosa ? ¿ Y seré yo tan afortunado , que logre saber de pe á pa , y por la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO





*El Anacoreta del Canada cuenta al soldado, y a Matilde de su retiro, y se les dio á conocer Gil Blas de Santillana.*

la misma boca de Vmd. todo lo que le sucedió despues de su matrimonio con la hermana del Hidalgo de Juntella, y despues del nacimiento de aquellos dos hijos, que eran toda la diversion y todo el consuelo de su dichosa vejez? Sí, respondió el hermitaño, ese mismo soy yo; y quién sabe, si Dios, que se ha dignado concederme una vida mas larga que la comun de los hombres, ha dispuesto traerlos aquí para que seais testigos de mi cercana muerte, y podáis publicar qual fue el fin de un hombre de quien se habló tanto en el mundo.

Quería el Soldado que el Anacoreta del Canadá fuese adelante con su historia; pero quando yo oí nombrar una persona, que reconocia por mi abuelo paterno, de quien tantas veces habia oído hablar á mi padre y á mi tio, no obstante lo mucho que me estimulaba la curiosidad de saber quanto antes una aventura tan rara, corté el hilo de la relacion, para que entendiesen todos lo mucho que me habia sorprendido el gusto de haber llegado á conocer por un medio tan irregular á un ascendiente mio, cuya fortuna no habian logrado mi tio, ni mi padre, los quales ni siquiera habian tenido la menor noticia de él desde que habia partido de Liria. Buscáronle, dixen, vanamente los dos hermanos luego que fueron capaces de razon por toda España, y por toda la Francia, giraron la Alemania y la Italia, y al fin no menos cansados, que desesperanzados de encontrarle, no teniendo valor



lor para volverse á su Castillo de Liria, se establecieron honradamente en Sicilia, y emplearon aquel dinero, que les habia quedado de las grandes riquezas de su padre Gil Blas. Mostráronse muy contentos, así el Soldado, como mi bella Irene, quando supieron que yo era nieto de un hombre tan extraordinario, y esta última apuró mucho mas á Isidoro, para que fuese adelante con su curiosa relacion.

## CAPITULO VIII.

*Prosigue el Soldado la historia de Gil Blas despues de su segundo matrimonio con Dorotéa. Muerte de esta su segunda muger, y el motivo que tuvo para resolverse á encerrarse en una soledad.*

Quando tu abuelo (continuó) me oyó dar razon tan puntual de su matrimonio con Dorotéa, y de los dos hijos que habia tenido en ella, prosiguió su relacion, diciendo así. No es menester que yo os cuente todos los pasos antecedentes de mi vida, supuesto que ya la habreis leído, ó á lo menos tenido noticia de ellos, y así bastará que prosiga desde esta época, la qual sin du-  
da

da fue la mas memorable para mí. Tenia gran confianza en mi cuñado Don Juan, y Scipion, aquel famoso, querido y fidelísimo criado mio, con su amorosa asistencia me aliviaba mucho el peso de aquellos graves cuidados, que rara vez dexan de oprimir á quien se halla constituido cabeza de una familia. Mi muy amada esposa me daba mil pruebas de una amorosa, fina y sincera correspondencia, y mis dos amables hijos iban mostrando un espíritu, que sumamente me consolaba. Teniame por un hombre feliz, y haciendo reflexión á las raras alternativas de bien y mal de mi vida pasada, bendecia mil veces la hora en que tomé la resolucion de retirarme por la segunda vez á mi Castillo de Liria. Todas mis diversiones eran inocentes. Pasaba el tiempo en la librería de Don César, en mi jardin, en la caza, ó en la pesca. ¡O qué tiempo aquel, si hubiera durado mucho! ¡Mas ó, y qué inconstante es la felicidad humana! Apenas se habian pasado cinco años despues de mi matrimonio, quando comenzaron á llover sobre mí las mas terribles desgracias. Mi muger, la gentil, la discreta Dorotéa murió en muy pocos dias de una maligna calentura, de que no la supieron curar, ni el disparatado método del Doctor Sangredo, ni todos los decantados eméticos y opiatas de la nueva escuela. Fué éste un golpe acerbísimo para mí, porque con ella habia perdido dos mugeres; pero la pérdida de esta segunda, que me habia regalado con dos ama-  
bi-